

## ROMANCE II.

¡Los tiempos! cuando la mano  
 De los tiempos inflexible  
 Aun destrozado no había  
 Aquellas obras insignes;  
 Cuando al poderoso azote  
 De sus alas invisibles  
 Aun sus muros resistían  
 Sobre sus cimientos, firmes;

Cuando no se contemplaban,  
 Como hoy, sus bosques sin lindes,  
 Sin agua, fuentes y estanques,  
 Yermos valles y pensiles;  
 Ruínas tantos palacios,  
 Cuyos trazos ya no existen,  
 Vil despojo de los siglos  
 Y de las fieras rediles;  
 Cuando aun sus templos oían  
 Los cantares de las vírgenes  
 Aztecas, que idolatraban  
 A sus dioses invencibles;  
 Cuando aun no echaba la yerba  
 En sus escombros raíces,  
 Ni anidaban en sus hondas  
 Grietas, uraños reptiles,  
 Nezahualcoytl, cruzando  
 Sus encantados jardines,  
 En raudales de armonía  
 Daba alivio al pecho triste.  
 Allí de su lira al eco  
 Callaban auras humildes,  
 Y aquellas que en la enramada,  
 Tórtolas amantes gimen.



Allí, al son de sus acentos  
 Se encendían los matices  
 De las flores, y temblaban  
 Sobre tus tallos flexibles;

Allí recordaba alegre  
 De sus años juveniles  
 Las fuertes luchas marciales  
 Y las amorosas lides;

Allí acataban sus leyes  
 Los vasallos y los príncipes,  
 Las leyes á cuyo amparo  
 Fueron sus tiempos felices;

Allí concibió su mente  
 La idea de un ser sublime,  
 Creador del cielo y tierra,  
 Que infinitos orbes rige,

Dando al olvido la extraña  
 Majestad de las efigies  
 De aquellos dioses, amparo  
 De sus pueblos infelices;

Y allí cantó en versos dulces  
 De la gloria humana el triste  
 Término, y lo pasajero  
 De sus grandezas ruines.

Y allí con Matlalzihuatzin  
 Guió, en fin, los infantiles  
 Pasos de Nezahuapilli,  
 Honor de su egregia estirpe.





EL SEÑOR DE ECATEPEC.

AL SEÑOR DON MARIANO ROJO.

ROMANCE I

El rey Toteotzin, tirano  
Y Señor de los Chalqueses,  
A quien sus vasallos odian  
Y adulan porque le temen;  
Aquel monarca que en duro  
Corazon albergó siempre  
Del despotismo y la envidia  
Las emponzoñadas sierpes,



Tras una sangrienta lucha  
En que cetro y honor pierde,  
Vencido al fin por las armas  
De los mexicanos, muere.

Las vencedoras legiones  
Dividen, entre los reyes  
De Tacuba y de Tezcuco,  
Que parte en la empresa tienen,  
El botín y el señorío  
Que su triunfo les ofrece,  
Entrando á saco y á fuego  
Cuanto á las manos les viene.



Con honda cólera Chalco  
Sufre en silencio la muerte  
Que le trajeron á un tiempo  
Desventuras y reveses.

Al imperio de la fuerza  
Hunde en el polvo la frente  
Que tantos años erguida  
Ciñó con verdes laureles.

Y el pueblo en masa, que nunca  
Perdona cuando aborrece,  
Jura vengar la victoria  
De sus contrarios valientes.

Por eso doquier los busca,  
Les hace cuanto mal puede;  
Por eso cual tigre fiero  
Ni se alimenta ni duerme.

Y en la ciudad y en el campo,  
Traidora, cobarde, aleve,  
Hay siempre en la sombra envuelta,  
Ya oculta mano que hiere,

Ya una cuadrilla que roba,  
O entre las llamas envuelve  
Palacios y cementeras  
Que en ceniza se convierten.

Chalco, en fin, avergonzada,  
Sufrir el yugo no puede  
Del indomable caudillo,  
Del rey poderoso y fuerte,  
Del batallador insigne  
Que el azteca imperio extiende,  
Guerreando, del Sur al Norte,  
Y del Levante al Oeste,



Sin que haya visto contraria  
 Nunca á la voluble suerte  
 Que el enmascarado rostro  
 Hacia todos vientos vuelve,  
 Moteuczoma Ilhuicamina,  
 En fin, cuyas bravas huestes  
 Despues de cruzar los montes  
 Por breñales y pendientes,  
 En las arenas del Golfo  
 Virtieron su sangre ardiente,  
 Domando á los Huexotzingos,  
 Venciendo á los Cotasteses.



ROMANCE II

En una intrincada selva,  
 Cuando el matutino rayo  
 Del sol apenas alumbra  
 Las regiones de su ocaso;  
 Cuando las aves del bosque  
 Sacuden el sueño blando,  
 Y al aire entregan el himno  
 De sus medólicos cantos,



Omixtla, de Ecatepec  
Señor, y del rey hermano,  
En una celada preso  
Fué con otros mexicanos.

Inútilmente procuran  
Defenderse en el asalto:  
¡Inútilmente! las flechas  
En el cárcax se quedaron,  
Y asegurados y quietos  
De la sorpresa en los lazos,  
Tambien se quedan, rabiosos,  
En las espaldas los arcos.

¡ Buena presa á los chalqueses  
Les ha venido á las manos!  
¡ Qué ha de decir Moteuczoma  
Cuando cunda en sus estados

La nueva, y cuando le anuncien  
Que está en rehenes su hermano,  
Y con acción tan villana  
Solo han querido injurarlo!



Omixtla, en tanto, atraviesa  
Con sus guardianes los campos,  
Y en medio de los groseros  
Denuestos del populacho,  
Y del gozo de los grandes,  
Cruza las calles de Chalco,  
Donde á prision le reducen  
En un soberbio palacio.



Con seductoras promesas  
Se afanan en cautivarlo,  
Y á su ambición y á su orgullo  
Le brindan opimo pasto.  
Le ofrecen el áureo trono  
Que Toteotzin ha manchado  
Con su sangre, y aquel cetro  
Que fué del crimen amparo;  
Y al ofrecérsele saben  
¡ Ay, que el corazón humano  
Es débil, y el alma ciega  
Con el esplendor del mando!



Empero, Omixtla su oído  
Cierra á mendaces halagos,  
Su alma á locas ambiciones,  
Y su corazón al fausto;  
Y pródigo de grandeza,  
Y de lealtad avaro,  
De su conciencia el acento  
Solo escucha y el mandato.



Cansado de las ofertas  
De los chalqueses, cansado  
De sufrir en las prisiones  
Padecimientos y agravios;  
Resuelto á poner un coto  
Al afán de sus contrarios,  
Omixtla, que sus designios  
Oculta discreto y cauto,  
Accedió al fin, pero puso  
Por condición en el pacto  
Que con los nobles celebra  
Para ser su soberano,

Que en la gran plaza del Tiangu  
Se levantase muy alto,  
Una estrecha plataforma  
Donde sea coronado,  
Para que mirarlo puedan  
Sus generosos vasallos,  
Y los que con él cayeron  
Prisioneros en el campo.  
Consiente el pueblo, gustoso,  
Frenético de entusiasmo,  
Y en medio de alegres vítores  
Comienza á alzarse el tablado.

1 Plaza del Mercado.

